

Lutz Kliche

Found in Translation. El traductor – un servidor de dos patrones

Traductor y editor alemán

lutz.kliche@gmx.de

Poetry is what gets lost in translation.

Robert Frost

Por mucho tiempo la traducción literaria, tan fundamental en el mundo literario, no se ha valorado en la medida que le corresponde. Me acuerdo que cuando empecé a trabajar de joven editor allá por los años 1980, la decisión sobre quién iba a traducir tal o cual novela al alemán, se tomaba muy a la ligera, sin tomar en cuenta, por ejemplo, si a determinado escritor se le concedía un mismo traductor para todos sus libros traducidos o si el traductor/la traductora escogida manejaba a fondo el contexto cultural, histórico o político de la obra, asuntos fundamentales en el cuidado de las obras literarias. La labor del traductor se veía como algo técnico que no presentaba mayores complejidades. Hoy en día, menos mal, eso parece estar cambiando: se reconoce más y más que sin la labor de los traductores literarios, no habría literatura internacional. Eso sí, algunos idiomas, principalmente el inglés y el español, exceden un sólo territorio nacional –América Latina comparte, con la excepción de Brasil y un par de países e islas del Caribe, el español como “lingua franca”–. Cabe mencionar que en muchos de los países latinoamericanos, sin embargo, siguen existiendo idiomas indígenas (el quechua, aymara, nahua etcétera) que son expresiones importantes de la cultura autóctona y deben ser respetados y conservados a través de su uso y fomento.

Tanto en mi trabajo como editor como en el de traductor, no pocas veces me he sentido como el “Servidor de dos patrones” de Carlo Goldoni, el gran maestro de la *Commedia*

dell'arte. Por un lado, está la lealtad al autor y su obra: el autor exige con justa razón que la traducción de sus textos sea fiel no sólo al contenido del original, sino también, en lo posible, a su forma, su estilo, a lo que el quiere decir y a cómo lo quiere expresar. Los que tienen experiencia en el trabajo de traducción saben, que esto, en muchos casos, no se logra con una traducción literal que trata de ser “fiel” al original hasta el último ápice.

Un par de ejemplos: Ernesto Cardenal escribe, en su “Canto Nacional” que empieza con un himno a la naturaleza tropical de Nicaragua, los siguientes versos: “En marzo florecen en Solentiname los robles sobre el agua con / flores rosadas como labios de muchachas.” Si el traductor alemán comete el error de traducir la palabra “roble” con la palabra “Eiche” (“oak” en inglés), forzosamente llevará al lector a un sendero equivocado, creando una imagen falsa, es decir que no corresponde a la realidad de la naturaleza tropical. El árbol “Eiche” en Alemania y “oak” en el ámbito cultural anglosajón es el árbol mítico por excelencia de los germanos, de los pueblos nórdicos, en general; bajo el roble los germanos tenían sus reuniones, sus juzgados y consejos. Nada más lejos de la imagen que quiere evocar el poeta. Ahí se precisa un poco de investigación y conocimiento de la flora nicaragüense para encontrar el término correcto y adecuado: “Trompetenbaum” (*Tabebuia rosea*, de la familia *Catalpa bignonioides*), y si bien no todos los lectores alemanes tengan una idea muy clara de cómo se ve un “Trompetenbaum” (árbol de trompeta, en la retraducción directa), la imagen evocada sin duda corresponde mucho más a la naturaleza exuberante de la región del Río San Juan que el legendario roble germánico.

Otro ejemplo: Si Gioconda Belli en su poema “Sencillos deseos” escribe: “Cosas quiero como que andes mi cuerpo / camino arbolado y oloroso, / que seas la primera lluvia del invierno / dejándote caer despacio / y luego en aguacero”, sería un error garrafal de parte del traductor escoger la palabra alemana “Winter” en correspondencia de la palabra “invierno”. Ya se sabe que, en Centroamérica, el “invierno” con sus lluvias de mayo es una época rebosante de alegría después de los meses áridos del verano, la estación seca, mientras la palabra alemana “Winter” más bien evoca imágenes sombríos, melancólicas, en fin: el contrario antagónico de lo que quiere decir la poeta.

Por el otro lado en este dilema de lealtades encontradas está el público lector al que hay que dar un texto que puede “descifrar” y comprender en los términos de su marco de referencia, en mi caso un marco de referencia alemán. ¿De qué sirve una buena, fiel traducción de una obra si el lector no la entiende, no puede establecer patrones de entendimiento en el marco referencial de su propio contexto cultural? El traductor es mucho más que un experto lingüístico, es un actor en un complejo proceso de intercambio cultural. Se trata de establecer puentes entre culturas distintas y situaciones sociales, históricas, políticas distintas y distantes, y el traductor debe estar consciente de la responsabilidad que ello le confiere. Lo que él siempre debe buscar es la “equivalencia” del texto que no se saca fácilmente de un diccionario sino que se configura de un conjunto de elementos semánticos, sintácticos que constituyen el significado del texto. ¿Qué exactamente quiere decir el autor? Y ¿cómo debemos ponerlo en el otro idioma para que se aproxime en lo posible a lo que intenta decir el autor?

Por cierto existe un factor que incide de manera determinante en este proceso, este frágil equilibrio: la industria editorial como parte de la industria cultural. Mientras en los siglos XVII y XVIII, en la era de la ilustración, el trabajo del traductor servía principalmente a ayudar a difundir textos de distintos contenidos (filosóficos, políticos, científicos ...) más allá de los límites de un determinado idioma, en el siglo XVIII surge una industria editorial que convierte el libro en mercancía masiva. Escritores como Alexandre Dumas escriben para un público multitudinario que exige cada vez más textos, historias, aventuras. Y las leyes del mercado, la necesidad de vender tiene como consecuencia que entran otros factores en el proceso de traducción, ajenos a la voluntad del autor y del mismo traductor: con el afán de no “sobrecargar” al lector, de hacerle más fácil el consumo de un libro, se da el peligro que entren elementos de censura en la edición que tienen que ver con las circunstancias socioculturales del país donde se publica la obra traducida. Una “censura comercial” que intenta aumentar la facilidad de venta del libro, evitando cualquier elemento que podría representar un choque cultural para el lector de la edición traducida.

En resumidas cuentas, la labor del traductor es una constante marcha sobre la cuerda floja, buscando el equilibrio entre la lealtad al texto original y su equivalente en el idioma

meta, todo eso con el objetivo que el lector se forme, se construya imágenes adecuadas a lo que el autor de la obra quiere escribir o describir.

De esta manera, el trabajo del traductor como agente del intercambio cultural se convierte en una labor de deconstrucción y reconstrucción. Esto solamente se puede lograr en base a un profundo conocimiento del contexto sociocultural de la obra traducida. Entre más conoce el traductor este contexto, entre más sabe, en una escena de mercado centroamericano, cómo huele en los tramos de los vendedores de verduras, de carne o de mariscos, cómo se oyen los gritos de las mujeres vendedoras y cómo tratan a enamorar al comprador, al “marchante”, más será capaz de transportar la imagen adecuada, encontrar los términos adecuados en su propio idioma. Y ojo: hay que estar consciente que una escena en el mercado central de San José de Costa Rica se parece muy poco a una escena en el mercado “Roberto Huembes” de Managua o en el mercado Zacamil de San Salvador. Entre más curiosidad tiene el traductor por conocer y comprender todos los detalles que constituyen el contexto cultural de la obra traducida, mejor será su trabajo en última instancia.

Claro que le puede pasar que una situación, un diálogo le parezca intraducible, y aunque yo sostengo que siempre se puede encontrar alguna forma para traducir adecuadamente un texto literario, encontrar su equivalente en el idioma meta, de hecho me he topado, en mi trabajo de traductor, con textos que me han resultado intraducibles, sobre todo textos que llevan, por debajo de su superficie idiomática, muchas veces de dialecto, todo un universo sociocultural implícito. Basta con citar el siguiente fragmento del cuento “Long Distance” del escritor dominicano Juan Dicient para que se entienda lo que quiero decir:

Ring. Ring. Ring. Ring. Ring. Ring ...

–Aló ... Mamá corra que e Lola ...

–Muchacha y cómo tutá?

–Ay aquí manita, muriéndome de frío, qué falta utede me hacen ...

–..., aquí ta mamá, un besito manita.

–Aló, Lola, hija, mi niña ...

–Ay mamá qué falta uté me hace ...

–Ay hija yo sí he rezao por ti ...

Este texto, una conversación telefónica entre una joven dominicana en España y su familia en el Caribe, no sólo es muy gracioso sino le presenta al lector todo un universo sociocultural, la realidad vivida por la gente de República Dominicana, tanto en la isla como en el destierro. En este sentido tiene un gran valor. Sin embargo, cuando estábamos seleccionando textos para una antología de cuentos auspiciada por el Instituto Goethe, el instituto cultural de Alemania, le pedimos al autor facilitarnos otro texto, ya que este nos resultó intraducible: siempre resulta fallido intentar de traducir el dialecto o sociolecto de un idioma a un dialecto o sociolecto de otro, ya que el marco referencial es completamente distinto. Y si se le quitaba, en la traducción, esa forma tan graciosa de reflejar la manera de hablar, se le quitaba no sólo gran parte de su atractivo, sino su esencia.

Pero la reconstrucción de la obra en el idioma meta no sólo es labor del traductor, sino también del lector, como pasa en cualquier obra literaria: las imágenes producidas exigen la colaboración del lector para que vuelvan a cobrar forma y vida. En este sentido, el traductor como íntimo conocedor de dos culturas, dos contextos, dos marcos referenciales, buscará las formas e imágenes que más evocan lo que el autor quiere expresar.

Desde mi propia experiencia puedo dar fe que esta labor siempre contiene un cierto peligro de frustración, ya que todo trabajo de traducción no puede ser más que una aproximación al original: el equivalente perfecto no existe, no puede existir, y es lógico ya que estamos tratando con dos realidades culturales distintas. Más vale asumirlo como reto y oportunidad. Y es importante que el traductor no se equivoque de su rol: él no es el autor de la obra, y aunque su labor por cierto es una labor creativa, artística, el mérito de la creación del original le pertenece siempre al autor. El buen traductor sabe respetar esa autoría y no intentará “mejorar” la obra, a menos que tenga una relación tan directa y cercana con el autor que le permite dialogar con él y hacerle ver sus puntos de vista, lo cual eventualmente lleva a cambios ya en el texto original. Ahí el traductor se convierte en cómplice, en aliado del autor, en base al hecho que el traductor, para poder hacer un buen trabajo, tiene que conocer la obra muy íntimamente, detalladamente, y a veces se fija en ciertos puntos, errores de construcción, diálogos poco convincentes etcétera de los que el autor mismo no se ha dado cuenta.

Esa labor de reconstruir todo el universo literario que puede contener una obra, con todas sus imágenes, escenas, siempre me ha parecido como una especie de “cine mental”: se trata de crear, por supuesto en base al texto original, un nuevo texto que le permite al lector comprender, disfrutar de lo que el autor le quiere contar. Y aunque, como dice Robert Frost, la poesía es lo que se pierde en la traducción, se enriquece una obra literaria a través de hacerse parte del canon literario universal. En este sentido, en una buena traducción que es también una interpretación de la obra original, se puede hallar mucho, y quizás mucho más de lo que se pierde.